



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

LA REPRESENTACIÓN DEL CUERPO EN EL ABATE JUAN
IGNACIO MOLINA

**Tesis para optar al grado de licenciado en lengua y literatura hispánica
con mención en literatura.**

SAMUEL ARANCIBIA QUELEMPÁN

Profesoras Guía:

Bernarda Urrejola Davanzo y Luz Ángela Martínez Canabal.

Santiago de Chile, 2015.

A Josias

Tabla de contenidos

Introducción.....	3
Capítulo I: La problemática de la naturaleza americana.....	5
América: inferioridad y degradación. En torno a las teorías de Buffon y De Pauw.....	5
La defensa clerical criolla.....	9
Capítulo II: La noción de <i>historia</i>	12
Capítulo III: Chile: Naturaleza ordenada.....	20
Capítulo IV: El cuerpo.....	27
Hacia una definición de cuerpo.....	29
Un acercamiento al cuerpo del hombre chileno.....	31
Cuerpo y proyecto ilustrado.....	39
Bibliografía.....	42

Introducción

El presente trabajo se propone estudiar las representaciones del *cuerpo* en el *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile* del abate Juan Ignacio Molina, publicado en italiano en 1776. Juan Ignacio Molina nació en Linares, el 24 de junio de 1740. A los quince años ingresó a la Orden Jesuita, donde se formó en ciencias, filosofía y humanidades. Con el destierro de la Compañía de Jesús, se radicó en Bolonia, Italia, en 1767, donde escribió gran parte de su obra. De esta destaca su *Compendio della storia geografica, naturale e civile del Regno del Cile* (1776), el *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile* (1782), *Ensayo sobre la Historia Civil de Chile* (1787), y sus memorias *Analogías menos observadas de los tres reinos de la Naturaleza* (1815) y *Sobre la propagación sucesiva del género humano* (1818). En Italia, fue nombrado miembro del Real Instituto Italiano de Ciencias, Artes y Letras, y fue el primer miembro americano de la Academia del Instituto de las Ciencias de la Universidad de Bolonia, ciudad donde falleció el 12 de septiembre de 1829.

Trabajaremos con la edición en español del *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*, dividida en dos tomos: el primero, correspondiente a la *Historia Geográfica y Natural*, fue publicado en 1788, traducido por Domingo Joseph de Arquellada Mendoza. El segundo tomo corresponde a la *Historia Civil*, publicado en 1795, traducido por Nicolás de la Cruz y Bahamonde. La edición original del *Compendio* fue hecha en un solo tomo y publicada, como hemos dicho, en 1776. Posteriormente, Molina publicó en 1782 su *Ensayo de Historia Natural del Reino de Chile* y en 1787 el *Ensayo de Historia Civil del Reino de Chile*, con correcciones y cambios que difieren de su obra de 1776. La edición en español que manejamos del *Compendio* ha sido aumentada por los traductores con las correcciones hechas por Molina, por lo cual, en lo que nos interesa, que son las descripciones del cuerpo, no difieren de la primera edición.

La obra del abate Molina, creemos, no ha sido estudiada aun con la profundidad que corresponde. En este sentido, de los trabajos publicados hasta la fecha sobre el expulso jesuita, destacamos dos: *El fin del Milenio y el sentido de la historia: Lacunza y Molina*, de Miguel Rojas-Mix, y *Juan Ignacio Molina: sabio de su tiempo*, de Walter Hanisch. Estos dos trabajos analizan con seriedad la obra de Molina. Sin embargo, faltan estudios

que aborden su obra desde la perspectiva de las representaciones del cuerpo, las cuales abundan a lo largo del *Compendio*.

Nuestra hipótesis para este trabajo es la siguiente: las representaciones corporales del chileno que nos muestra Molina en su *Compendio*, tienen la función de presentar a Chile como el proyecto ilustrado en potencia, como el lugar donde es posible realizarlo. Para esto, será necesario llegar a una definición de proyecto ilustrado, que será desarrollada en el análisis.

El presente trabajo se dispondrá de la siguiente manera: en el capítulo uno, analizaremos el contexto dentro del cual escribe Juan Ignacio Molina: el siglo XVIII y, específicamente, los debates en torno a la inferioridad del continente americano y la expulsión jesuita, para ir adentrándonos poco a poco en la escritura del abate. En el segundo capítulo, estudiaremos la noción de *historia* en la obra del abate Molina. El tercer capítulo se adentra en el análisis de la primera parte del *Compendio*, la historia geográfica y natural, para delimitar el lugar donde está situado el cuerpo: la naturaleza. En el cuarto capítulo estudiaremos el cuerpo, centro de este trabajo.

Con esto, es preciso adentrarnos, ahora, en la obra del abate Molina.

CAPÍTULO I: La problemática de la naturaleza americana

Comienza Juan Ignacio Molina el prefacio a su *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*¹ (1776) de la siguiente manera: “La Europa vuelve al presente toda su atención hacia la América, deseando conocer con erudita curiosidad la diversidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus fósiles, la forma de sus vegetales y de sus animales, las lenguas de sus habitantes; y en suma, todo lo que puede empeñar su atención en aquellas varias regiones” (3). Escribiendo desde Europa, lugar donde se genera el saber en la época, el abate Molina tiene plena conciencia de que América se encuentra en el centro del debate sobre el conocimiento. Mas, ¿de qué manera Europa está mirando América? ¿Cuál es la motivación de esta atención? Estas son las interrogantes a las que intentaremos responder en este capítulo, para situar el contexto dentro del cual el abate Molina escribe su obra.

Durante el siglo XVIII, para hablar del continente americano, el sujeto europeo debió buscar evidencias y pruebas que validaran sus teorías: “Se usaron como pruebas fósiles, montañas, conducta animal y la distribución de flora y fauna. El despliegue de dichas técnicas y pruebas novedosas condujo a nuevas hipótesis atrevidas sobre la historia de América” (Cañizares 21-22). Estas lecturas que surgieron durante el siglo XVIII, basadas en pruebas geológicas, botánicas y animales, fueron las que derivaron en las teorías sobre la inferioridad del Nuevo Mundo. Nombres como Buffon y De Pauw, se alzan y resuenan durante este siglo como los principales naturalistas que teorizan sobre la degradación del continente americano. En este contexto escribe Juan Ignacio Molina: su obra se alza como una respuesta y refutación a dichas teorías. Al estar en Europa, el abate Molina escribe en medio de toda esta agitación, en medio de la “erudita curiosidad” con la que el continente europeo mira hacia América.

América: inferioridad y degradación. En torno a las teorías de Buffon y De Pauw.

En 1747, George-Louis Leclerc, conde de Buffon, publica su *Historia Natural*, libro que desata un gran debate en su época. Este naturalista francés es el principal teórico de la inferioridad de la naturaleza americana y es la gran influencia del hombre que le seguirá después en sus postulados: Cornelius De Pauw. Buffon, desde 1740 hasta su

¹ Molina, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. Tomo I. Madrid: Aduana Vieja, 1788.

muerte, en 1788, fue curador del museo Jardin du Roi, “de las colecciones de historia natural del rey” Luis XV, y practicante de la filosofía experimental. Todo esto lo llevó a conocer “la fauna, la flora y los fósiles de varias partes del mundo” (Cañizares 92).

Como hombre dieciochesco, no podía estar ajeno al espíritu de su época: proceder mediante observaciones, para luego generalizar los hechos, y unirlos mediante analogías, hasta llegar al punto de conocimiento en que las partes coinciden con el todo y los hechos particulares dependen de los generales (Cassirer 96). Precisamente, en su *Historia Natural*, mediante observaciones comparativas entre las especies de Europa y América, Buffon llega a la conclusión de que la naturaleza americana es inferior a la europea, es imperfecta, puesto que degrada las especies. En América, los animales reducen su tamaño: compara al león del Viejo Mundo con el puma americano, el cual es más pequeño y cobarde. A su vez, las especies traídas por los europeos a América reducen su tamaño. La naturaleza americana, pues, tiende al cambio en las especies, las vuelve imperfectas, las pervierte y las degrada. Para Buffon, lo grande es superior a lo pequeño, y lo inmutable es más perfecto que lo variable. América, por lo tanto, debido a su clima húmedo, sólo permite la generación infinita de especies pequeñas, tales como mosquitos e insectos, los cuales abundan en esta naturaleza.

La explicación dada para esta humedad, se basaba en que “América era un continente joven [recién emergido de las aguas] que se caracterizaba por una superabundancia de grandes ríos, extensos lagos y muchas fétidas marismas. En cualquier latitud, el hemisferio era más frío y húmedo que en el Viejo Mundo” (Brading 464). Era esta humedad la que hacía inferior a la naturaleza y degradaba a las especies animales. Dice Buffon en su *Historia Natural*: “Por tanto, la naturaleza animada es menos activa, menos variada y hasta menos vigorosa [en América]” (Vol. I, 211)².

Según el naturalista francés, la naturaleza americana aún no había sido dominada ni trabajada por el hombre, por este motivo, para Buffon, era imperfecta. Paralelamente, el hombre no había podido ejercer su dominio sobre ella porque la naturaleza misma lo pervierte. De acuerdo con él, “todo indicaba que todos los americanos nativos habían llegado recientemente y vivían en comunidades escasamente pobladas” (Cañizares 52).

² Citado por David Brading, en *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*. Pág. 464.

Buffon aplica las categorías de *degradación e imperfección* a la naturaleza americana y sus especies animales, mas no elabora una teoría sobre la degradación del hombre americano. Quien sí lo hace es el prusiano Cornelius De Pauw.

En 1768, De Pauw publicó en Berlín *Recherches philosophiques sur le Americains*, libro de gran fama en su tiempo y que desencadenó una gran polémica, debido a lo atrevido de su contenido. A partir de pruebas geológicas y naturales, De Pauw ofreció una interpretación de la historia de América y sus habitantes (Cañizares 89), diciendo que la naturaleza americana y el hombre americano estaban degradados. ¿Qué tipo de pruebas encontró De Pauw para argumentar esto?

De Pauw encontró pruebas que confirmaban que América había sufrido una traumática catástrofe geológica. Los huesos fósiles de animales gigantes (que pensó que habían sido los primeros en morir en el Diluvio); grandes cuerpos de agua, tanto lagos como ríos; terremotos y volcanes activos que aún estremecían la tierra; conchas marinas esparcidas por valles bajos; metales preciosos sobresaliendo de la superficie de la tierra (que la primitiva sedimentación de la tierra debía haber enterrado en lo profundo) eran algunas de esas pruebas (Cañizares 89).

A partir de estas evidencias, De Pauw levantó su teoría sobre la degradación de América y sus pueblos. A diferencia de Buffon, quien pensaba que América se constituía como un continente nuevo, recién salido de los océanos –explicando así su húmeda naturaleza y escasa población-, De Pauw argumentó lo contrario: el Nuevo Mundo era un continente viejo, que se había degradado. Este último punto, sumado a un determinismo climático³, ayudó a explicar la teoría de la inferioridad del Nuevo Mundo.

Como hemos señalado, De Pauw sostiene que la degeneración es propia también del habitante americano -no sólo de la naturaleza-, tanto a nivel físico como intelectual. Físicamente, la naturaleza degradada hace a los hombres impotentes, frígidos y no aptos para la reproducción. Esto demuestra por qué América, según De Pauw, se encuentra poco poblada. Como consecuencia de esta frigidez, está el hecho de que las mujeres se entreguen con mayor facilidad a los españoles que a los propios hombres naturales de América, los cuales eran, la mayoría de las veces, homosexuales, según el prusiano. Nos dice en sus *Recherches*: “Entre las razones que aceleraron la servidumbre del Nuevo

³ Según David Brading, el determinismo climático y el “carácter excepcional” de América –entendido como un continente viejo en constante degradación-, “son las dos premisas del ‘sistema’ de De Pauw”. Véase *Ibid.* pp. 463-464.

Mundo”, está el hecho de que las mujeres americanas estaban “más interesadas en la causa de los europeos que los europeos mismos” (Vol. I, 70)⁴.

A nivel intelectual, De Pauw, como Buffon, atribuye la inferioridad de los habitantes de América al clima húmedo, el cual hacía que su “genio fuese limitado, sin elevación, sin audacia; de carácter inferior, naturalmente entregado a la vagancia. Su debilidad los hacía vengativos, como mujeres” (De Pauw, Vol. I, 44-45)⁵. Esta tendencia de representar al hombre americano con rasgos femeninos tiene, en la obra de De Pauw, un carácter negativo: el indio, al igual que la mujer, es débil y no está apto para cumplir con sus labores de reproducción, puesto que la humedad los vuelve impotentes y fríos. Por otra parte, este clima húmedo generaba en la mujer partos sin dolor, lo que para De Pauw era un signo de monstruosidad⁶.

La degradación del hombre americano no se remite sólo a lo físico, también pasa por lo intelectual: el prusiano se mofa de la enseñanza en las universidades americanas, argumentando que, en Cuzco, habían “ciertos ignorantes titulados, que no sabían leer ni escribir”, que enseñaban filosofía “a otros ignorantes que no sabían hablar” (185)⁷. La naturaleza en la que habita el hombre americano lo degenera en su totalidad: “El clima y el físico humano (...) determinaban el carácter, la sociedad y la cultura de las naciones” (Brading 465).

De Pauw nunca estuvo en América. Sus fuentes, tomadas de la historia natural del Nuevo Mundo –entendida como datos geológicos, botánicos, animales, etc.–, lo llevaron, como hemos mencionado, a postular conjeturas y supuestos sin un arraigo en una observación propia de la naturaleza americana. Sin embargo, De Pauw valida sus observaciones y teorías de la siguiente manera en sus *Recherches*: “No he puesto atención en mis prejuicios o conjeturas (...) Me he basado en hechos como mis únicos testigos; he deducido causas y principios a partir de la naturaleza misma, no de mis ideas” (Vol. I, 3-4)⁸. De Pauw descarta sus propios prejuicios argumentando que sus investigaciones se basan sólo en *hechos*; no obstante, De Pauw no vio con sus ojos la naturaleza americana: su estrategia de validación no tiene un real asidero en la

⁴ Citado por Jorge Cañizares, en *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. pp. 91-92.

⁵ Citado por Jorge Cañizares, en *Ibíd.* pp. 90-91.

⁶ La insensibilidad, en De Pauw, es un rasgo que atribuye tanto al hombre como a la mujer americanos.

⁷ Citado por Miguel Rojas-Mix, en *El fin del milenio y el sentido de la historia: Lacunza y Molina*. Pág. 127.

⁸ Citado por Jorge Cañizares, en *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. Pág. 101.

observación empírica de datos y hechos, por lo que estas teorías van a ser consideradas por sus detractores como falsas.

Buffon y De Pauw son los principales nombres que durante el siglo XVIII teorizaron sobre la inferioridad de América. En este contexto, surgió la defensa del Nuevo Mundo, levantada principalmente por jesuitas criollos nacidos en esta parte del globo: la polémica ya estaba desatada, y las réplicas y contestaciones en contra de Buffon y De Pauw no se hicieron esperar.

La defensa clerical criolla

En 1767, la Compañía de Jesús fue expulsada de los territorios de la corona española por Carlos III. Miles de jesuitas se encontraron, de la noche a la mañana, con el decreto que los obligaba a abandonar sus tierras y sus vidas en América. La mayoría de estos jesuitas eran criollos.

Al ser expulsados de América, la gran parte de los jesuitas buscó refugio en Europa⁹, lugar donde se encontraron tanto con la *Historia Natural* de Buffon, como con las *Recherches philosophiques sur le Americains*, de Cornelius De Pauw. Europa era el centro de agitación y del debate epistemológico en torno al Nuevo Mundo, criadero de teorías, hipótesis y supuestos cada vez más atrevidos. Los expulsos jesuitas se encontraron con toda esta producción que difamaba y ridiculizaba a su tierra, lo cual motivó, inmediatamente, su respuesta y contraataque. “La respuesta americana al ataque de los filósofos al Nuevo Mundo expresó a la vez la indignación e incredulidad de que semejantes “buffonerías” tuvieran crédito público en una Europa que se enorgullecía de sus recientes avances en las artes y las ciencias” (Brading 483). Para algunos jesuitas americanos, como el abate Molina, no era tolerable que la Europa ilustrada – principalmente Francia, Alemania e Inglaterra- creara un sistema de conocimiento en torno a América basado en conjeturas. El rigor metodológico y objetivo propios de la ciencia del siglo XVIII no se aplica cuando este se refiere al Nuevo Mundo. Hemos visto el caso de De Pauw, quien nunca vio con sus propios ojos el continente americano. Entonces, quién mejor que alguien que sí había vivido, efectivamente, en él, para referirse a este y defenderlo: el criollo jesuita proveniente de América.

⁹ Juan Ignacio Molina arribó a Italia, específicamente a Bolonia.

Tanto el poder francés, inglés como el alemán¹⁰, al atacar a las colonias de la corona española, se estaban disputando la hegemonía sobre ellas, especialmente en América. Esto suscitó, en los jesuitas criollos, la defensa de su tierra natal. Para ellos, su *patria*¹¹ –entendida como un sentimiento de pertenencia, lugar donde se ha nacido, y no como el Estado moderno decimonónico- era una sinécdoque de España. Y esta patria debía ser defendida de los ataques europeos. Así, se construye lo que Cañizares llama *epistemología patriótica*: “un discurso (...) que creó y validó conocimiento en las colonias” (361), de manera que este nuevo discurso generaba, al mismo tiempo, el ataque y la defensa contra los postulados de inferioridad del Nuevo Mundo.

En este contexto surge la escritura de Juan Ignacio Molina, jesuita criollo nacido en Chile que escribe desde Bolonia, ya en el destierro. Su respuesta a Cornelius De Pauw, en el prefacio a su *Compendio*, es clara:

Los lectores a cuya noticia hayan llegado las *Investigaciones filosóficas sobre los Americanos*, escritas por Mr. Pauw, se maravillarán de ver describir un país de la América muy distintamente de cómo este autor quiere hacer creer que sean todas las partes de aquel gran continente: pero ¿qué hemos de hacer, ni cómo deberé yo faltar a la verdad por no exponerme a los sarcasmos y mofa poco decente con que acomete Pauw a todas aquellas personas que se oponen a sus raras ideas? (*Compendio*, Tomo I, 14-15).

Con elegancia, el abate Molina interpela las teorías de De Pauw al decir con ingenio, en el mismo prefacio, que todo lo que escribe el prusiano queda como una “inverosímil novela” (*Compendio*, Tomo I, 16), puesto que no basa sus observaciones en fuentes fidedignas. Molina hace una distinción entre *fábula* e *historia*, entendida como verdad. Lo que escribe Molina, al contrario de De Pauw, es un *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, que narra hechos verdaderos, al haber visto y vivido todo cuanto habla, y por esto no va a permitir que un viajero de gabinete invente teorías sobre su tierra: “Yo he visto, y he observado con suma atención quantas cosas escribo; y no satisfecho con mi parecer, he consultado los escritores más imparciales y más apreciables que han reconocido las mismas cosas” (*Compendio*,

¹⁰ Baste citar como ejemplos algunos teóricos de la inferioridad de americana: Buffon era francés, De Pauw, prusiano, y William Robertson, ministro presbiteriano escocés.

¹¹ Entenderemos *patria*, según el Tomo V (1737) del *Diccionario de Autoridades*, como el “Lugar, Ciudad o País en que se ha nacido”. Como vemos, durante el siglo XVIII el concepto de *patria* tiene el sentido de una tierra natal. *Nación*, por su parte, la entenderemos como la “colección de los habitantes en alguna Provincia, País o Reino”, según el Tomo IV (1734) del *Diccionario de Autoridades*. *Nación* es el pueblo o conjunto de personas que habitan una *patria*.

Tomo I, 15). Para Molina, De Pauw crea sólo una mala novela inverosímil, sufriendo su obra una doble degradación.

En tanto realiza la defensa de su patria desde el destierro, no es de extrañar que aparezcan los símiles entre Chile y el lugar que lo albergó en el exilio, Italia. Así, escribe Molina, todavía en el prefacio a su *Compendio*:

Los Andes, llamados por otro nombre la *Cordillera*, que le circuyen por el oriente, hacen las veces de los Alpes y los Apeninos, encaminándole igualmente que estos un gran número de ríos para que amenicen y fertilicen sus campos; y así como la prosperidad de Italia se deriva sin duda de las dos predichas cadenas de montes, la del Reyno de Chile depende totalmente de sus cordilleras (*Compendio*, Tomo I, 4).

Chile posee una geografía y un clima tan benéficos como el italiano, equiparando ambos lugares que lo han cobijado y le han dado un hogar.

Para Molina, lo primordial es, ante todo, dar a conocer a Chile, y situarlo al mismo nivel que cualquier lugar de Europa: “Se conoce con mucha superficialidad un país tan apreciable, que no menos en la parte física que en la política presenta varios hechos dignos de consideración” (*Compendio*, Tomo I, 5). Esto es lo que subyace a la motivación escritural del abate: en la medida en que refuta las teorías de De Pauw, da a conocer su patria al Viejo Continente, escribiendo desde este último.

Luego de haber visto el contexto en el cual surge la obra de Juan Ignacio Molina, los autores contra los que responde y las consecuencias del exilio del que, en tanto jesuita, fue víctima, debemos preguntarnos lo siguiente: ¿cuál es la noción de historia que maneja el abate? Es importante ahondar en esto antes de entrar en el análisis de lo que nos interesa: el cuerpo.

CAPÍTULO II: La noción de historia

La segunda parte del *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*¹², de Juan Ignacio Molina, trata sobre la historia civil de dicho reino, desde el incierto origen –según Molina- de los habitantes de Chile, el avance de los incas en territorio chileno, y posteriormente la llegada de los españoles; hasta una descripción del Reino de Chile en la época en que escribe el abate su obra –segunda mitad del siglo XVIII-. El lector que incursione en esta segunda parte del *Compendio* se encontrará con la narración de estos acontecimientos.

Si nos elevamos desde el nivel del texto al de discurso, la narración de estos hechos históricos crean, según Walter Mignolo, formaciones discursivas, las cuales designan, “en general, familias de enunciados que se agrupan bajo un nombre (la historiografía, la literatura, la economía, etc.)” (362). De esta manera, Juan Ignacio Molina configura una historiografía del Reino de Chile, entendiendo historiografía, en un sentido general, como la escritura de la historia. Ahora bien, para dar cuenta de una formación discursiva es necesario conocer los rasgos y principios que la definen y caracterizan: por ejemplo, Cicerón define la historia, en *De Oratore*, como “narración verdadera de los hechos pasados” (II, 36; 32)¹³. Para Cicerón, este es el principal rasgo que define y construye la historia y su discurso.

Sin embargo, es necesario definir la manera en que el abate Molina entiende la historia, y la forma en que construye su discurso histórico. Para esto, utilizaremos la categoría de metatexto, acuñada por Walter Mignolo. En el metatexto “los propios practicantes definen su autoridad y los rasgos o propiedades que los textos deben tener para pertenecer a una determinada clase (...) Es en él donde encontraremos los principios que definen y delimitan el dominio de objetos como los requisitos que deben llenar los textos que configuran la formación discursiva” (361-362)¹⁴. A través del metatexto podemos conocer los principios que rigen una determinada construcción textual, la cual conforma, a su vez, un determinado tipo de discurso. En palabras más simples: en este capítulo intentaremos rastrear la manera en que el abate Molina configura, en su texto – el *Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile*-, su concepción de historia,

¹² Molina, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Tomo II. Madrid: Imprenta de Sancha, 1796.

¹³ Citado por Mignolo, en *El metatexto historiográfico y la historiografía indiana*. Pág. 366.

¹⁴ En literatura, una poética sería un ejemplo de metatexto.

proponiendo una lectura metatextual de esta segunda parte del *Compendio*. Intentaremos analizar a Juan Ignacio Molina en tanto sujeto que se autopercebe como productor del discurso histórico, un sujeto que justifica su manera de escribir historia postulando los principios que la rigen. Buscaremos la manera en que Juan Ignacio Molina dice: *así se hace la historia*, o, en otras palabras: *así percibo yo la historia*.

Si miramos con atención el breve prefacio a la segunda parte del *Compendio*, podemos empezar a visualizar las claves para comprender la forma en que el abate Molina concibe la historia. Es importante para el historiador que narra hechos pasados, en primer lugar, la selección de las fuentes de las cuales se va a proveer para su narración. Puesto que, quien escribe la historia no se puede jactar de *haber visto* o *haber vivido* los hechos pasados que narra, necesita, para suplir estos criterios de verdad, el uso de fuentes autorizadas o *auctoritas*, las autoridades en las que se va a basar para la construcción de la historia. En este sentido, la segunda parte del *Compendio* se diferencia de la primera parte: en esta última, que trata sobre la historia natural de Chile, Molina *ha visto* lo que describe: las plantas, los animales y los minerales que se pueden encontrar en esta parte de América, la geografía, los ríos, etc.. Sin embargo, al enfrentarse ante la narración de acontecimientos en los cuales no ha sido testigo, necesita del uso de fuentes que avalen su historia. Sin lugar a dudas, desde Cicerón en adelante, el criterio de *verdad* en la historiografía es imprescindible para la construcción de su discurso: la narración debe ser verdadera, y *lo verdadero* de la narración radica, a su vez, en que los hechos narrados también sean verdaderos. Por lo tanto, la búsqueda y el rastreo de estos hechos pasados que ocurrieron *verdaderamente*, debe hacerse en las fuentes históricas. La selección de la fuente lleva consigo la evaluación del criterio de verdad que está dentro de la misma. Es decir, si selecciono a una determinada autoridad para basar mi historia, es porque considero que la fuente es *verdadera*.

Juan Ignacio Molina destaca al jesuita Miguel de Olivares, autor de una *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile*, de mediados del siglo XVIII. La composición ideal de su historia civil, se encontraría basada en la obra del abate Olivares. “El primer tomo del manuscrito de la Historia de Chile del Señor abate Olivares, que tengo en mi poder, me proveían los materiales necesarios para conducir mi obra hasta el año 1655” (*Compendio*, Tomo II, 5). El segundo tomo de dicha obra, le debía proporcionar a Molina el material para escribir la historia de Chile desde 1655

hasta bien entrado el siglo XVIII¹⁵, sin embargo “esta esperanza quedó enteramente desvanecida. El volumen tan deseado aún no ha venido a mis manos; de suerte que me he visto obligado á procurar por otra parte las noticias que pensaba sacar de él, las cuales por este motivo no deben ser de tanta importancia” (*Compendio*, Tomo II, 5-6). Ante la situación límite de no contar con la fuente necesaria para escribir su historia civil, el abate Molina le da menor importancia a las noticias que debía sacar de aquella fuente. Mas, existe una contradicción en las palabras de Molina, entre el “volumen tan deseado”, y las noticias que no tienen “tanta importancia”. En este sentido, el juicio de Molina se constituye como una estrategia retórica, la cual tiene el fin de disimular ante los lectores de la época el hecho de que su historia civil no cuenta con la fuente que él más necesita, catalogando de menos importantes los acontecimientos que iba a consultar en ella. Esto demuestra el poder que tiene Juan Ignacio Molina, como cualquier otra persona que escribe la historia, sobre lo que narra. La historia, la escritura y el poder están íntimamente relacionados. A partir del juicio del abate Molina, inferimos que, para él, hay hechos que poseen mayor importancia que otros, y por lo tanto, se constituyen como los hechos dignos de ser contados. Debemos partir, por lo tanto, de la siguiente premisa: la historia civil del Reino de Chile, escrita por el abate Juan Ignacio Molina, selecciona sus fuentes, y, dentro de estas fuentes, selecciona lo que es digno de ser contado: quien escribe la historia tiene absoluto poder sobre ella, y Molina no es la excepción.

En relación con este último punto, prosigue Molina: “Las guerras sólo nos pueden suministrar materia digna de la historia de aquel país (...) Muchos de mis compatriotas, que viven aquí en Italia, se acuerdan todavía de los principales sucesos de ellas, mediante cuya ayuda puedo dar una suficiente relación” (*Compendio*, Tomo II, 6). Debido a que el abate Molina no posee la historia de Chile del abate Olivares, debe procurarse otras fuentes, en este caso, la voz de sus compatriotas chilenos que se encuentran también en Italia, quienes “se acuerdan todavía de los principales sucesos”

¹⁵ En el tomo IV de la *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, editado por Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, et al., encontramos recopilada la obra del abate Olivares. En la advertencia que precede la *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile*, nos dice Luis Tribaldo de Toledo: “El Padre Olivares dividió su historia civil de Chile en dos partes, la primera de las cuales es la única que conocemos, y es la que ahora damos a luz. El abate don Juan Ignacio Molina la tuvo a la vista cuando compuso su *Compendio de la historia civil del reino de Chile*; pero declara que no pudo proporcionarse del manuscrito de la segunda parte de dicha obra que, según él, se hallaba en el Perú” (3). La obra que requería Molina para la escritura de su historia civil, hasta el día de hoy se encuentra perdida.

de las dos últimas guerras que han ocurrido en Chile –en 1722 y 1767, dice Molina-. El abate se basa en lo que *han visto* o *han escuchado* sus compatriotas para dar cuenta de su relación¹⁶. Para narrar los hechos que han ocurrido en Chile, Molina debe apoyarse en fuentes confiables, apelando a la memoria de sus compatriotas, la cual, ciertamente, tiene desventajas en comparación a la palabra escrita y fijada en un papel.

Es importante reflexionar, en el caso del abate Molina, sobre la evaluación que él hace de sus fuentes, observando los criterios que utiliza para su selección. Dice Molina: “Ninguna cosa afirmo que yo no la haya encontrado escrita entre los autores que me han precedido, ó que no la haya adquirido de personas dignas de fé” (*Compendio*, Tomo II, 6). Ahora bien, al revisar los autores que va citando Molina a lo largo de su obra, encontramos algunas fuentes que no pertenecen al discurso historiográfico. Hacia el final de la historia civil, encontramos un listado de autores y fuentes que le parecen dignos de consideración a Juan Ignacio Molina: “He añadido un Catálogo de los escritores de las cosas de Chile, el qual puede ser útil a aquellos que quieran darnos una historia completa” (*Compendio*, Tomo II, 8). Quien pretenda escribir una historia de Chile, puede consultar a estos autores para que su obra sea completa. El listado de sesenta y seis autores, considera, como es de esperarse, historias civiles, cartas relatorias e incluso gramáticas para poder hablar de la lengua de los habitantes de Chile. Sin embargo, lo particular del listado de fuentes que da Juan Ignacio Molina, radica en lo siguiente: el abate considera una obra anónima que se titula *Poema sobre las guerras de Chile, El Cautiverio feliz* de Pineda y Bascuñán, la *Araucana* de Ercilla, un poema de don Pedro de Oña, titulado *Arauco domado*; la *Araucana* de Diego Santistevan Osorio – una especie de continuación de la obra de Ercilla-; y dos obras de Fernando Alvarez Toledo, *Puren indómito* y *Poema Araucana*. Estas obras, decimos hoy, se clasifican dentro del discurso literario, y se separan en cierta medida del discurso historiográfico. Un historiador, en la actualidad, no se basaría en *La Araucana* para escribir una historia de la lucha entre mapuches y españoles, puesto que existe una distinción entre la *fabula* y la *historia*. Mas, en el tiempo en que escribe Molina, no existía una total separación entre los discursos literario e historiográfico: un relato literario podía tomarse, o no, como una fuente histórica. Veamos dos referencias que hace el abate en relación a *La Araucana*. En primer lugar, al describir Molina el sistema militar de los mapuches, nos

¹⁶ El Tomo V (1737) del *Diccionario de Autoridades* define relación como “la narración o informe que se hace de alguna cosa que sucedió”.

dice lo siguiente: “Por esta razón, escribiendo de los mismos el célebre Ercilla, que militó contra ellos en el principio de la conquista, se admira fuertemente de haber encontrado sus tropas ejercitadas con una táctica tan fina, que como él dice, los más famosos hombres de la tierra no aprendieron sino difícilmente y después de un largo curso de guerras” (*Compendio*, Tomo II, 75), e inmediatamente, a pie de página, cita Molina un fragmento del Canto XXV de *La Araucana*, para corroborar sus afirmaciones con los versos de Ercilla. En otro pasaje del *Compendio*, nos dice el abate: “Hasta las mujeres mismas [mapuches], llevadas del deseo de venganza, se ofrecieron á tomar las armas y á servir junto á sus maridos, como hicieron en las siguientes batallas”, y pone a pie de página: “Ercilla, Arauc. Cant. XXII” (*Compendio*, Tomo II, 176). Ciertamente, para el abate Molina, la *Araucana* constituye una fuente que tiene valor de documento histórico, conviviendo paratextualmente junto a citas de historias civiles, cartas relatorias, etc.. Un poema –no discutiremos aquí si es épico o no- es igualado, en la valoración del contenido, a cualquier material historiográfico.

La explicación que queremos aventurar para este hecho, la planteamos en términos de los criterios de verdad: para el abate Molina, los relatos, tanto de la *Araucana*, como de cualquier otro poema que se encuentre en el listado de fuentes que hemos presentado, son *verdaderos*, formando parte de un discurso historiográfico. Estos relatos “de personas dignas de fe”, son presentados ante el lector como una verdad, llegando a conformar el material con el cual se escribe la *historia de Chile*. En este sentido, resulta interesante comparar este prefacio de la historia civil, con el de la historia natural, citado en el capítulo anterior y escrito unos años antes. Al referirse a los resultados de las investigaciones científicas de Cornelius De Pauw sobre el continente americano, escribe Molina: “Deslumbrado de las consecuencias del sistema ideal que se propuso seguir por motivos fáciles de adivinar, lleva las cosas á tal extremo, que su obra queda en la clase de una inverosímil novela” (*Compendio*, Tomo I, 16). Aquí existe una diferenciación entre lo que escribe Molina, una historia natural, y lo que, dicho con elegante ironía, escribió De Pauw: una fabula inverosímil, doble degradación para sus *Recherches*. Creemos que esta valoración negativa que hace Molina de la obra del prusiano, se basa en que De Pauw nunca estuvo en América, por lo cual, está *fabulando de manera inverosímil* sobre la naturaleza americana, su fauna y sus habitantes. Por el contrario, el abate Molina, en tanto americano, *ha visto y ha vivido* todo lo que describe en su historia natural.

La desventaja con la que se encuentra el abate al escribir su historia civil, es que no fue testigo ni participó en los hechos que narra. Ante esto, debe recurrir al uso fuentes que sean verdaderas, y, en este ámbito, entran obras como la *Araucana*, si bien no pertenece –desde nuestra valoración actual- al discurso historiográfico.

Otro rasgo importante, dentro de la escritura de la historia, es el de la imparcialidad dentro de la narración, lo cual tampoco descuida el abate.

En la exposición de los hechos yo no considero los autores sino baxo la razón general de los hombres, prescindiendo que ellos sean de esta ó de cualquiera otra nación. El único mérito que apetezco, es el de ser imparcial (...) Porque las reflexiones podían ponerme en compromiso, ó hacerme comparecer más inclinado á una parte que á otra, he creído conveniente omitirlas, y limitarme á una simple narración (*Compendio*, Tomo II, 6).

Es importante recalcar que no es lo mismo imparcialidad que mirada objetiva: el querer ser imparcial no priva al abate Molina de la posibilidad de emitir juicios, y esto se puede ver, de manera simple, en la definición que da la RAE de *imparcialidad*: “Falta de designio anticipado o de prevención en favor o en contra de alguien o algo, que permite juzgar o proceder con rectitud”. Molina tratará de ser imparcial para no inclinarse ante uno u otro bando durante el desarrollo de su “simple narración”, pudiendo, de todas formas, dar sus propios juicios sobre los hechos que va narrando. Definido esto, veamos si Molina logra cumplir con el objetivo de ser imparcial en su obra. Para esto, revisaremos la descripción que hace Molina del toqui Caupolicán, y la narración que hace de la muerte de Pedro de Valdivia, sobre la cual se ha escrito y especulado bastante.

Al momento de narrar la elección de Caupolicán como toqui, escribe el abate:

“El buen viejo, depuesta toda mira, nombró sin detenerse al *Ulmen de Pilmayquen*, llamado *Caupolicán*, el qual, por aquella modestia que caracteriza los grandes hombres, no se había mezclado en el número de los candidatos. Toda la nación aplaudió el juicio de *Colocolo*, porque el electo era hombre grave, paciente, sagaz, valeroso, y en suma, dotado de todas las qualidades que forman un gran General” (*Compendio*, Tomo II, 140).

Molina, al hablar sobre el carácter del toqui recién electo, emite sus propios juicios, pareciendo que se inclina hacia el lado de los mapuches. Mas, esto es equilibrado constantemente a lo largo del *Compendio*, juzgando lo que le parece malo, y alabando las virtudes de los protagonistas de su narración. Esto lo podemos observar, también, en la narración que hace el abate de la muerte de Pedro de Valdivia.

Dice Molina que, Valdivia, al ser preso por los mapuches, ruega a Lautaro que interceda ante Caupolicán para que se le perdone la vida, prometiendo su retirada del territorio chileno.

El Comandante Araucano, naturalmente generoso, y rogado de Lautaro, estaba ya dispuesto á hacerle la gracia. Pero entretanto que se trataba de esto, un viejo Ulmen, de gran autoridad en el país, encolerizado de oír hablar de perdón, despedazó con un furioso golpe de maza, la cabeza al infeliz prisionero, diciendo ser locura creer á un enemigo ambicioso, el qual, escapado que fuese de aquella crítica coyuntura, se burlaría de sus juramentos y de la estupidez de ellos. (*Compendio*, Tomo II, 147).

De esta manera narra Molina la muerte de Valdivia. Respecto a lo que sigue en la narración, es interesante analizar las características que Molina le atribuye a Valdivia, y los juicios que hace respecto a su mala fortuna y su muerte: califica a Valdivia como un “hombre sin contradicción dotado de ánimo incomparable, y de grandes talentos políticos y militares, de los cuales todavía deslumbrado por el espíritu romancesco de su siglo, no supo hacer uso oportuno”. Luego, ante la crítica, Molina propone el camino correcto que debió haber seguido Valdivia: “Hubiera sido feliz en todas sus empresas, si hubiese sabido medir sus fuerzas; ó sino dexándose seducir del exemplo del Perú, hubiese despreciado menos a los Chilenos. La historia no le impropereará con alguna de aquellas crueldades, de las cuales son acusados los demás conquistadores sus contemporáneos” (*Compendio*, Tomo II, 148). En la narración, entra la voz de Molina con sus juicios, asegurando, incluso, que la historia no juzgará a Valdivia por sus malos actos. El abate incorpora en su escritura los juicios y reflexiones que “podían ponerme en compromiso, ó hacerme comparecer más inclinado á una parte que á otra”. Sin embargo, como dijimos, estos juicios son equilibrados hacia las dos partes, mapuches y españoles.

Estas son las luces que nos da Molina sobre su concepción de historia. A partir del análisis del brevísimo prólogo a la historia civil, hemos querido proponer una lectura metatextual para conocer la autopercepción del abate Molina como sujeto que escribe la historia, aplicando algunas de sus nociones al análisis de dos breve pasajes de su narración. Esto nos ayuda a comprender de mejor manera su obra, a partir de una reflexión desde el interior de ella, y nos permite entrar en la primera parte de su *Compendio*, la que trata sobre la historia geográfica y natural del Reino de Chile.

En el siguiente capítulo, intentaremos analizar la manera en que el abate Molina describe el Reino de Chile y su naturaleza, observando también la forma en que configura su narración. De esta manera, nos referiremos a la *naturaleza chilena*, lugar que alberga al cuerpo, centro de este trabajo.

CAPÍTULO III: Chile: Naturaleza ordenada.

El presente capítulo se propone estudiar y analizar en qué lugar está situado el hombre chileno en la obra del abate: la naturaleza chilena. Este análisis se centrará en la primera parte del *Compendio*, que trata sobre la historia geográfica y natural del Reino de Chile.

Escribe Molina en el Prefacio a su *Compendio*, respecto de las obras escritas que tratan de Chile: “Se conoce todavía con mucha superficialidad un país tan apreciable (...) y apenas se encuentra hecha mención de alguna de sus producciones en las obras de autores que tratan en la actualidad de las cosas criadas que yacen esparcidas en las varias regiones de toda la tierra” (*Compendio*, Tomo I, 5). Juan Ignacio Molina, pretende, a través de su obra, dar a conocer a Chile al resto del mundo científico, contestando directamente, además, a las teorías de inferioridad que se han generado respecto del continente americano. Chile es un territorio digno de ser estudiado: es un *país apreciable*, como señala Molina en el fragmento citado.

Así, el abate empieza a configurar, en esta primera parte del *Compendio*, el Reino de Chile, su naturaleza y su clima, describiéndolos de la siguiente manera:

El Reyno de Chile es uno de los mejores países de toda la América; pues la belleza de su cielo, y la constante benignidad de su clima, que parece que se han puesto de acuerdo con la fecundidad y riqueza de su terreno, le hacen una mansion tan agradable, que no tiene que envidiar ningún dote natural de quantos poseen las más felices regiones de nuestro globo (*Compendio*, Tomo I, 15).

Nos parece importante resaltar la forma en que el abate quiere situar a Chile dentro de los lugares del mundo que cada día más merecen la atención de los ojos europeos. Basta con mirar las dos citas de Molina expuestas anteriormente y revisar las valoraciones que hace del Reino de Chile: “país tan apreciable”, “uno de los mejores países de toda la América”, “mansion tan agradable” que no tiene que envidiar nada a ningún otro lugar del planeta. Chile resalta por sobre los demás países de América gracias a la fertilidad y riqueza, tanto de su clima, como de su naturaleza¹⁷. Chile se abstrae y se distingue de la

¹⁷ El abate Molina no hace en el *Compendio* una distinción clara entre *clima* y *naturaleza*, puesto que sólo su narración se limita a describir ambas categorías en el Reino de Chile. Sin embargo, postulamos, a partir del análisis de estas descripciones, una correspondencia entre clima y naturaleza: la naturaleza es benigna puesto que el clima de Chile también lo es. Dice Molina: “Correspondiente á lo saludable del ayre es la limpieza del suelo” (*Compendio*, Tomo I, 40). Correspondencia entre clima y naturaleza, causa y efecto. Ahora bien, esta correspondencia también es usada por Buffon y De Pauw: el clima húmedo de América pervierte y degrada su naturaleza. Ante esto, postulamos que esta correspondencia entre naturaleza y clima es un vaciado de la metodología de Buffon y De Pauw, pero con una valoración positiva hacia el Reino de Chile.

América que describían Buffon y De Pauw, una América húmeda que degeneraba las especies animales y hacía fríos a los hombres, con una naturaleza que propiciaba la infinita generación de insectos. Por el contrario, Chile es la *mansión* que todo hombre, de cualquier latitud, desearía habitar. Y esta mansión, siguiendo con la metáfora del abate, es de las mejores del barrio.

El expulso jesuita configura la naturaleza chilena a través de descripciones, mas, antes de pasar a un análisis más detallado de estas últimas, es importante señalar de qué manera concibe el abate Molina su propia narración. Nos dice Molina que ha “acomodado todos estos seres y cosas á los generos establecidos por el célebre Caballero Linnéo”, quien con su obra *Systema Naturae* (1758) revolucionó la forma de estudiar la naturaleza, al crear clasificaciones y taxonomías para las distintas especies naturales. Juan Ignacio Molina se acomoda a estas nomenclaturas, aunque con recelo, puesto que, para él, son “poco adaptables a la naturaleza de esta obra” (*Compendio*, Tomo I, 11), y si sigue sus taxonomías, no lo hace “porque esté yo persuadido de que su sistema sea superior á todos los otros, sino porque veo que en el día es el más generalmente seguido” (*Compendio*, Tomo I, 11-12). Al usar las categorías del naturalista sueco, Juan Ignacio Molina piensa en los lectores: al escribir desde Europa, su obra se gesta en el centro del debate científico de la época, y será leída, sin dudas, por este público miembro de academias científicas. Si el abate pretende, a través de su obra, dar a conocer a Chile ante estos lectores, tiene que hablarles en su mismo lenguaje, es decir, tiene que usar las terminologías científicas que están de moda¹⁸. De este último punto, podemos desprender algo importante. Dejemos que hable el abate: “Pero prevengo que en lugar de sus divisiones me he valido de otras más familiares y más acomodadas al corto número de objetos que yo describo, y que no sirven para otra cosa que para *dar algún orden a mi narración* [las cursivas son nuestras] (*Compendio*, Tomo I, 11). La narración que configura el abate no está sometida a cualquier criterio, sino que se basa en un *orden* interno: a medida que su narración describe la naturaleza chilena, la ordena; por lo tanto, podemos decir también que, a medida que su narración se va desplazando a través de la geografía y naturaleza del Reino de Chile, las ordena a través de minuciosas descripciones. Al recorrer con sus palabras el paisaje de Chile, va

¹⁸ Hacia el final de la primera parte del *Compendio*, Molina escribe un apartado titulado *Nuevas especies descritas en este Compendio, y dispuestas según el sistema de Linnéo*. El abate tiene la preocupación de ordenar según la clasificación de Linneo especies que sólo se encuentran en Chile. Por ejemplo, anota al “*Camelus Araucanus*”. El lector europeo del *Compendio* tiene que conocer a Chile con rigor científico.

constituyendo uno nuevo, en tanto su narración crea y configura la *naturaleza ordenada* del Reino de Chile.

Ahora bien, ¿cómo ordena esta naturaleza el abate? Esta primera parte del *Compendio* está dividida internamente en cuatro libros o secciones: la primera, “que sirve de oportuna introducción a lo demás de la obra” (*Compendio*, Tomo I, 9), trata sobre el clima del territorio chileno, sus vientos, montañas, sierras y volcanes. Nos sigue explicando Molina:

En los otros tres libros (...) hablo por grados, y pasando de las cosas más sencillas a las más compuestas: I.º de las aguas comunes y de las minerales, de la estructura de los montes, de la qualidad de los terrenos, de las varias especies de tierra, de las piedras y sales, de los betunes y de los metales que se han descubierto, y del modo de extraer estos últimos del seno de la tierra, y de purgarlos de las materias heterogéneas: II.º de las yerbas, de los arbustos y de los árboles más útiles que allí se crían: III.º de los testáceos, de los crustáceos, de los insectos, reptiles, peces, páxaros, y de los cuadrúpedos singulares que he podido observar: concluyendo mi narrativa, formando una idea ligera del hombre, considerado como habitante de Chile (*Compendio*, Tomo I, 9-10).

La estructuración de su narración a partir de *grados* dispuestos según las categorías de Linneo, conforman la naturaleza del Reino de Chile. El abate estratifica esta naturaleza, es decir, la ordena. De esta manera se nos configura un universo organizado según jerarquías: primeramente habla del clima, pasando luego a establecer los límites del universo que va a crear mediante su narración: “Yace el Reyno de Chile, país de la América Meridional, á lo largo de las costas del mar Pacífico, extendiéndose por un espacio de 420 leguas geográficas entre los grados 24 y 45 de latitud austral” (*Compendio*, Tomo I, 1). El abate sitúa a Chile geográficamente en el globo. Luego, teniendo fijada y delimitada la extensión del territorio, sitúa en él las cadenas montañosas que lo circundan: “[Los Andes], en la parte perteneciente á Chile, tendrá 40 leguas de ancho, y se compone de montes altísimos encadenados entre sí, y llenos de precipicios y barrancos espantosos, entre los cuales se encuentran muchos valles amenos y llanos” (*Compendio*, Tomo I, 8).

Posteriormente, se adentra en la descripción de las aguas que recorren el territorio chileno:

El Reyno de Chile es un plano sensiblemente inclinado hácia el mar, y tal vez será una prolongación de la base occidental de las sierras de la cordillera; y de esto mismo proviene que reciba y recoja casi todas las aguas en que se disuelve la inmensa cantidad de nieve que cae anualmente sobre aquellos montes, que

dexando sin agua las tierras orientales, producen la continua fertilidad de las provincias Chileñas (*Compendio*, Tomo I, 43).

En el texto, la fertilidad y benignidad del territorio chileno se dan en cada nivel que va describiendo el abate: el clima, la geografía, los montes, y, ahora, las aguas que la circulan. Chile, así, se presenta ante el lector del *Compendio* como un *locus amoenus*.

Habiendo fijado el entorno del Reino de Chile y sus límites –extensión, cadenas montañosas y ríos-, el abate puede adentrarse en la descripción del suelo, el cual no queda ajeno a lo que viene haciendo: “El terreno de Chile, hablando generalmente, está dotado de una singularísima fecundidad” (*Compendio*, Tomo I, 52). Suelo fértil regado por abundantes ríos que bajan de una cordillera que se impone sobre el paisaje, clima benigno: todo esto forma parte de la estructura de la *mansión* de América, Chile, una mansión que posee una naturaleza ordenada por la narración del abate.

Luego de haber descrito las cualidades de la tierra que posee Chile, Juan Ignacio Molina puede hablar de las cosas que están sobre ella: las plantas y los animales. Extendernos en las descripciones que hace de ellos el abate sería tedioso para el lector de este trabajo, y no sería atinente al análisis que queremos proponer. La gran parte del grueso del primer tomo del *Compendio* se sustenta en largas descripciones sobre cada reino natural y sus especies: mineral, vegetal y animal.

Ahora bien, las descripciones que hemos acumulado anteriormente sobre la naturaleza del Reino de Chile, sumadas a la forma en que Juan Ignacio Molina dispone su narración internamente dentro del *Compendio*, encierran, creemos, un sustrato. Este es, que la estructuración del relato de Molina sigue los patrones de la creación del mundo contenidos en el Génesis: Dios creó los cielos y la tierra, y *los ordenó*; las aguas de los ríos y los mares, las plantas y los árboles, las aves, los peces y los animales de la tierra, creando, en el sexto día, al hombre, y colocándolo en el centro de todo lo creado. De la misma manera procede el abate, como hemos querido dejar establecido: el clima, la geografía, los montes, los ríos, lagos y mares, las plantas, los animales y el hombre. Molina sigue el modelo, para su narración, del relato genésico. El *Verbo* creador y la palabra ordenadora del abate. Nos dice este en el Prefacio del *Compendio*: “Este país es, por decirlo así, la Italia, ó más bien el *jardín* de la América meridional [las cursivas son del abate]” (*Compendio*, Tomo I, 4). La construcción de Chile sigue los patrones de descripción del Jardín adánico.

¿Y el hombre? Como hemos dicho a través de una de las citas del abate, el hombre ocupa las últimas páginas del *Compendio*, al igual que su creación ocupó el sexto día, luego de haber sido creado todo lo demás. Si se nos permite la extensión de la cita, dejaremos que el abate introduzca al hombre y su aparición en el *Compendio*:

Las cabras producen también grandemente en todo el país: paren dos veces al año, y en cada parto dos, tres y aún cuatro cabritos; y de aquí proviene la gran multitud de ellas que se ve por aquellas montañas, á pesar de la gran matanza que se hace todos los años para surtir de cordobanes no sólo las provincias de Chile, sino el vasto Reyno del Perú.

El hombre, centro á quien se refieren por ley todas las cosas criadas de nuestro globo, goza en el Reyno de Chile de todo el vigor que le puede suministrar la beneficencia de un clima sin alteraciones (*Compendio*, Tomo I, 377).

Nos hemos permitido partir la introducción que el abate hace del hombre, con las cabras, para resaltar el cambio abrupto en la narración de Molina: sin previo aviso al lector, el expulso jesuita cambia su objeto de descripción, y pasa de una simple cabra, al hombre, que ocupa, ni más ni menos, el centro de la naturaleza creada. El cambio de una especie animal a otra es brusco cuando el abate las enumera. Mas, en este punto de la narración, Molina ya ha dejado de enumerar las especies. Comparemos la forma en que el abate pasa de las ovejas a las cabras, una página antes de entrar al hombre:

Los *Pehuenches* que pueblan aquellas montañas, han sacado de la unión de los cabrones con las ovejas una tercera especie, cuyos individuos son dos veces mayores que las ovejas, y están cubiertos de un pelo larguísimo y tan suave como el de las cabras de Angora (...) Las cabras producen también grandemente en todo el país... (*Compendio*, Tomo I, 376-377).

El paso de las ovejas a las cabras no es tan brusco como el salto de las cabras al hombre. Este cambio brusco provoca un efecto en el lector, llamando su atención respecto al hombre, que ocupa el centro de la naturaleza, el lugar más importante. Molina no desgasta su narración haciendo introducciones, y sitúa al hombre con la misma espontaneidad con la que actuó el Verbo creador en el relato genésico: basta con nombrar las cosas para que estas existan. Al igual que en el Génesis, Molina coloca al hombre en el centro del *jardín*, en el centro del territorio del Reino de Chile descrito y ordenado anteriormente. Juan Ignacio Molina tiene el universo creado, para luego situar al hombre en su centro. Y es este hombre el que ocupará el segundo tomo del *Compendio*, es decir, el que trata de la historia civil del Reino de Chile. La disposición de la narración del abate no es antojadiza. Este sustrato que pervive en su ordenación de la naturaleza chilena se identifica con la tradición medieval-cristiana, la cual pervive,

aún en el siglo XVIII, en un sujeto como Juan Ignacio Molina: el mundo creado por Dios y regido y ordenado según sus leyes perfectas. De la misma manera, el Reino de Chile es ordenado y descrito en la narración del abate según estas concepciones medievales, puesto que se configura a Chile de la misma manera que la creación del Génesis, y se le equipara al Jardín del Edén.

Hilando con un poco más de finura, y sacando conclusiones de lo ya expuesto en este análisis, podemos decir que el abate Molina, en tanto hombre de su época, no puede encerrarse dentro de la categoría de la ilustración, ni dentro del puro cientificismo. Molina es un sujeto complejo, dentro del cual subsisten y coexisten tradiciones que en la práctica se dieron como opuestas: religión y ciencia. El abate utiliza la nomenclatura clasificatoria de Carl von Linneo, la cual revolucionó los paradigmas de la ciencia del siglo XVIII, y, en este sentido, está sujeta a los parámetros de la razón ordenadora que, siguiendo a Ernst Cassirer, unifica el mundo de las cosas, es decir, la naturaleza. El hombre “se para y afirma frente a este infinito, y en su unidad, el espíritu encuentra su verdadero ser” (Cassirer 54)¹⁹. Esto es lo que perseguía Linneo y lo que subyace debajo de su afán clasificatorio, si bien Molina, como hemos dicho, no adopta estas nomenclaturas porque le parezcan las mejores, sino, debido a que son las más prestigiosas. Esto se mezcla con la tradición medieval-cristiana que pervive en Molina a través del rescate del relato del Génesis.

Sistemas que se tienden a tensionar, perviven en el abate en forma complementaria. El cristianismo y la ilustración son sistemas que chocan y se oponen²⁰, pero que, en Molina, se complementan el uno al otro.

Con este suscinto análisis de la naturaleza chilena, hemos pretendido establecer los parámetros que construyen el lugar que alberga al cuerpo del hombre chileno, centro de este trabajo, adentrándonos desde el texto mismo del abate, es decir, desde la primera parte de su *Compendio*. Hemos seguido el orden de la narración de Molina, yendo desde la descripción de la naturaleza hasta la aparición del hombre, en el centro de ella. Ahora, con el hombre situado en el centro de una naturaleza ya ordenada, podemos pasar al análisis del cuerpo de este hombre chileno, intentando establecer sus características y lo

¹⁹ Ernst Cassirer: *Filosofía de la Ilustración*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950.

²⁰ Para una concepción distinta, véase Enno von Wiese: *La cultura de la ilustración*. Von Wiese postula que la ilustración no es más que una secularización de la tradición cristiana, secularización que habría empezado a partir del Renacimiento.

que pudiera haber debajo de ellas, siempre desde el texto, esta vez, la segunda parte del *Compendio*: la historia civil del Reino de Chile.

CAPÍTULO IV: El cuerpo

Nos haremos cargo en este capítulo de las representaciones que hace el abate Molina del *cuerpo* del hombre chileno. Luego de haber situado al hombre en el centro de la naturaleza ordenada, como lo hemos delimitado en el capítulo anterior, analizaremos las últimas páginas de la primera parte del *Compendio*²¹, y lo correspondiente al cuerpo en la segunda parte, que narra la historia civil del Reino de Chile, puesto que de allí podemos sacar la materia que nos interesa para este estudio.

Antes de adentrarnos en el análisis y definición de lo que entenderemos por *cuerpo*, es necesario referirnos a lo que Juan Ignacio Molina entiende por *hombre chileno*: ¿quiénes son los chilenos para el abate Molina? Luego de haber definido esto, podremos pasar al análisis del cuerpo de este hombre chileno.

En la parte del *Compendio* correspondiente a la historia civil, y luego de hacer una narración que recorre desde la historia de la conquista de Chile hasta la época en que escribe su obra –segunda mitad del XVIII–, nos dice el abate:

“Su población [la de Chile] en general es compuesta de Européos, de Criollos, de Indios, de Negros, y de Mestizos. Los Européos, fuera de algunos pocos Franceses, Ingleses, y Italianos, son todos Españoles, y por la mayor parte de las provincias septentrionales de España. Los Criollos, que forman allí el mayor número, son los descendientes de los Européos” (*Compendio*, Tomo II, 315).

Este es el panorama que nos da Molina sobre la población del Reino de Chile en su época: la sociedad chilena del siglo XVIII estaba compuesta por las castas que señala, mas, en este fragmento citado, no nos da aún ningún indicio que nos permita entender quiénes son los chilenos para el abate. Como podemos observar en la cita, los europeos que habitan en Chile son catalogados por Molina como mayoritariamente españoles, y no como chilenos.

El significante *chileno* se escapa a una definición fija, puesto que el abate lo usa de acuerdo a los hechos que va narrando, y según el lugar desde donde se sitúe para hacerlo. Por ejemplo, escribe en la primera parte del *Compendio*: “Los nativos Chileños forman una sola nación dividida en varias tribus, todas las quales tienen una misma fisonomía y una misma lengua, que ellos llaman *Chilidugu*” (*Compendio*, Tomo I, 378-379). En este caso, el significante *chileno* o *chileno* va acompañado por la palabra

²¹ Las últimas diez páginas en la edición que manejamos.

nativo, por lo cual, sabemos explícitamente que el abate se refiere a los *indios chilenos*. Sin embargo, no siempre el significante chileno está desprovisto de ambigüedad. El abate, en el segundo capítulo de la historia civil, al narrar las expediciones de los incas en tierras de Chile, se refiere de la siguiente manera a los chilenos: “Los chilenos sometidos, no menos que los libres, conservaron hasta el arribo de los Europeos sus costumbres, las cuales no eran tan rústicas como algunos se imaginan” (*Compendio*, Tomo II, 11-12). En esta cita, el significante *chileno* no nos hace explícito si es un chileno indígena, un chileno mestizo o un chileno criollo, mas el lector puede deducir que Molina se refiere a los chilenos indígenas por la materia que se está tratando -las expediciones incas en tierras chilenas antes de la llegada de los españoles-, y también, como hemos dicho, por el lugar desde el cual se sitúa para tratar esta materia: un ahora lejano que mira hacia atrás para narrar hechos del pasado. En este ejemplo, la palabra “chileno” se cargará con la significación que le da el tiempo pretérito al cual se refiere el abate. Es decir, sabremos que Molina no habla sobre los “chilenos” de la segunda mitad del XVIII, sino que de los “chilenos” del tiempo que está tratando: indígenas.

El lugar desde donde habla el abate nos ayuda a comprender la significación que le da a la palabra “chileno”, significación que es siempre móvil, puesto que también cambia, a través de su narración, el lugar donde se posiciona para hablar. Veamos otro fragmento: “Las chilenas, pero con mayor modestia, llevan la ropa más larga. Por lo demás el lujo es el mismo. De Lima van á Chile todas las modas, como de Paris se extienden por toda la Europa” (*Compendio*, Tomo II, 319). Este fragmento pertenece al capítulo XI de la historia civil, titulado “Estado presente de Chile”, por lo cual el lector sabe que el abate ya ha concluido con la narración de los hechos pasados referidos a la historia del Reino de Chile²², para pasar ahora a la descripción de este durante la segunda mitad del siglo XVIII, es decir, situándose desde un presente para referirse a él en su narración. Claramente, el abate alude a las chilenas criollas que formaban parte de la sociedad chilena en su época, y esto lo podemos saber gracias a que, como lectores, sabemos que Juan Ignacio Molina habla desde un presente para referirse a él. En este fragmento, la significación de “chilenos” –o “chilenas”- no es la misma que en ejemplo anterior.

Como podemos ver, Juan Ignacio Molina algunas veces se refiere al “chileno” como indio, y al hablar de las mujeres chilenas alude a ellas como criollas. Por esto, el

²² La cual abarca, en la historia civil del abate Molina, aproximadamente, desde la segunda mitad del siglo XV, hasta la primera mitad del siglo XVIII.

significante “chileno” se encuentra cargado de una ambigüedad constante a través de las páginas del *Compendio*, lo cual es prueba de su movilidad, y hace que deba estar acompañado necesariamente por otra palabra para quitarle esa ambigüedad: “chileno” indígena, “chileno” criollo.

De lo que nos dice Molina sobre los habitantes que componen el Reino de Chile – europeos, criollos, indios, negros y mestizos-, el abate presta atención mayormente en su obra a los indios –una parte de las últimas diez páginas referidas al hombre en la historia natural, y treinta y tres capítulos de la historia civil, que narran la guerra contra los españoles-, y también a los criollos –dos de las últimas diez páginas referidas al hombre en la historia natural, y gran parte del último capítulo de la historia civil sobre el estado presente de Chile-. Como hemos visto, tanto a los criollos como a los indígenas el abate los nombra como chilenos. En su obra, Molina no se refiere a los mestizos, y sobre la población negra apenas escribe un párrafo. A la población europea ya vimos que el abate no la considera como chilena, sino que española. Y, como este trabajo se centra en el análisis del *cuerpo del hombre chileno*, nos tendremos que centrar en el análisis de las representaciones que hace Molina tanto del cuerpo del indio –lo que nos ocupará en primera instancia- como del criollo. En lo tocante a estas representaciones, el número de páginas dado anteriormente, naturalmente, se reduce. Pero antes de entrar en el análisis de ellas, es necesario definir primero lo que entenderemos por cuerpo.

Hacia una definición de cuerpo

David Le Breton, en su libro *La sociología del cuerpo*, define al cuerpo como un “fenómeno social y cultural, materia simbólica, objeto de representaciones y de imaginarios” (7). A través de las representaciones y construcciones del cuerpo se ve la relación del hombre con el mundo, puesto que, “el cuerpo, moldeado por el contexto social y cultural en el que se sumerge el actor, es ese vector semántico” por el cual nos desplazamos a través de la realidad, “creando la evidencia de la relación con el mundo” (Le Breton 7). Por lo tanto, existe una estrecha vinculación entre cuerpo y realidad, puesto que el primero es el eje de ligazón del hombre con el mundo, el lugar y el tiempo (Le Breton 7-8). A través del cuerpo, el mundo se humaniza y se carga de sentidos al convertirse en un “universo familiar y comprensible” (Le Breton 8).

Como consecuencia, según Le Breton, el cuerpo no existe: no accedemos directamente al cuerpo, sino que vemos representaciones y construcciones simbólicas sobre él.

Las representaciones del cuerpo son una función de las representaciones de la persona. Al enunciar lo que hace el hombre, sus límites, sus relaciones con la naturaleza o con los otros, se dice algo de su carne. Las representaciones de la persona y las del cuerpo, corolario de aquellas, están siempre insertas en las visiones de mundo de las diferentes comunidades humanas. El cuerpo parece ser algo evidente pero, finalmente, no hay nada más difícil de penetrar que él (...) El cuerpo es una falsa evidencia: no es un dato evidente, sino el efecto de una elaboración social y cultural (Le Breton 27-28).

El cuerpo es una construcción social, una construcción simbólica que encarna imaginarios de mundo. No es posible asir al cuerpo en forma pura: puesto que este está inserto en el mundo, en la cotidianidad y es el vector semántico del desplazamiento a través de él, se contamina con los elementos sociales y culturales que lo construyen, los cuales van variando, como dice la cita de Le Breton, según las “visiones de mundo de las diferentes comunidades humanas”. A través de las representaciones del cuerpo se nos revela la forma en que el hombre se relaciona con el mundo. Según estos parámetros concebiremos el cuerpo para el análisis de la obra de Juan Ignacio Molina.

Ahora bien, como vimos en el primer capítulo, la obra del abate se alza como una contestación a las teorías de inferioridad que la Europa ilustrada levanta contra el continente americano. Cornelius De Pauw fue quien suscitó la mayor polémica, y al cual Molina interpela directamente e intenta desacreditar. El clima húmedo de América afecta y degenera tanto a la naturaleza como al cuerpo del hombre americano. Además de existir la correspondencia de cualidades entre clima y naturaleza, como lo hemos expuesto en el capítulo anterior, existe la misma relación entre clima y cuerpo: el clima degenerado de América hace impotentes a los hombres, por ejemplo. “El impetuoso De Pauw (...) condena a los indígenas como inmorales y como enclenques, como ociosos y por lo tanto débiles y enervados” (Gerbi 62). Escribe De Pauw en sus *Recherches*: “El menos vigoroso de los europeos los derribaba sin trabajo en la lucha” (Vol. I, 35)²³. El cuerpo del indio americano es, además de impotente y degenerado, débil. Dice De Pauw, ahora en sus *Défense des Recherches philosophiques sur les Américains* (1770): “Los salvajes [son] menos fuertes que los pueblos civilizados, puesto que estos salvajes no trabajan nunca, y es muy sabido cuánto el trabajo fortifica los nervios” (12)²⁴. Se sigue con la idea de debilidad del cuerpo americano, mas ahora se da una causa adicional: el trabajo. La idea de “civilización” que surge con fuerza durante el siglo

²³ Citado por Antonello Gerbi, en *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica: 1750-1900*. Pág. 52.

²⁴ Citado por Antonello Gerbi, en *ídem*. Pág. 62.

XVIII ilustrado, apunta hacia el progreso, y este se consigue a través del trabajo de las sociedades. Y es este trabajo el que fortifica al cuerpo. Los salvajes indígenas de América no practican la clase de trabajo que proclama la Europa moderna, el cual los llevaría hacia un potencial progreso: por esto, su cuerpo es débil, y, sobre todo, *más débil que* el del europeo civilizado. Así, las representaciones que hace De Pauw sobre el cuerpo son una construcción simbólica que refleja el imaginario cultural de su sociedad en la época: América debe someterse, también, al progreso y al avance de la civilización moderna. El cuerpo es mirado con los ojos del progreso, y es esto lo que está debajo de los juicios de De Pauw sobre el cuerpo del indio americano.

Un acercamiento al cuerpo del hombre chileno

¿Cómo elabora Juan Ignacio Molina en su obra las representaciones del cuerpo del chileno? Para ver esto, centraremos nuestro análisis, como hemos dicho, en las representaciones corporales que hace el abate sobre los indios y los criollos chilenos.

El abate Molina comienza a describir a los indios chilenos en las últimas páginas de la primera parte del *Compendio*, y lo hace de la siguiente manera: “Los nativos Chileños forman una sola nación dividida en varias tribus, todas las quales tienen una misma fisonomía y una misma lengua” (*Compendio*, Tomo I 378-379). El abate, en este fragmento, describe a los indios a partir de la uniformidad, tanto de la fisonomía como de la lengua: a pesar de estar divididos en varias tribus, los indígenas chilenos forman una sola nación, y la unidad de esta nación está dada, en este fragmento citado, a partir de rasgos físicos y lingüísticos comunes.

Sin embargo, cuando el abate entra en el detalle de las características de esta fisonomía de los indios que habitan en Chile, rompe con la uniformidad antes descrita, y reconoce cambios y variedades en lo corporal, dados por los distintos lugares que habitan estos indios: “Los que habitan en las llanuras son de buena estatura, pero los que se crían en los valles de la cordillera, sobrepasan la estatura común. Quizá el ayre más sutil y puro que se respira allí, ó el continuo exercicio de subir y baxar por aquellos peñascos, comunica mayor *vigor* á sus corporaturas” [las cursivas son nuestras] (*Compendio*, Tomo II, 4). El abate distingue tipos de indios chilenos: indios de las llanuras e indios de los valles de la cordillera, entre los cuales existen diferencias físicas dadas por el lugar en el que viven.

En estas representaciones del cuerpo de los indios de las llanuras y de los indios que viven en los valles, Juan Ignacio Molina comienza contradecir las afirmaciones de De Pauw: para el abate, los indios que habitan los valles de la cordillera son vigorosos, y, si en De Pauw, los indios americanos eran pequeños y endeble, Molina representa a estos indios cordilleranos de un tamaño mayor al común de los hombres. Como causa de esto, el abate plantea dos posibles explicaciones: el buen clima que se goza en los valles de la cordillera, o el constante ejercicio de subir y bajar peñascos.

Así, al ir recorriendo las páginas del *Compendio*, Juan Ignacio Molina nos sigue mostrando la variedad de indios chilenos que existen, los cuales se van distinguiendo según el lugar que habitan: hasta aquí, llanuras y valles. Sumémosle a este catálogo los indios de la cordillera:

Los moradores de la Cordillera Chilena son, como todos los demás vivientes que se propagan en aquellas montañas, de una corpulencia superior á la común; pues su estatura ordinaria llega á cinco pies y siete pulgadas, no pasando la de los más agigantados (hablo de los que he visto) de seis pies y tres pulgadas: porque lo que les hace parecer más gigantes de lo que son efectivamente, es la fuerte osamenta y la enorme robustez de sus miembros, bien que proporcionados con la elevación de sus cuerpos (...) Su figura no desagrade, porque tienen generalmente la cara redonda, la nariz algo ancha, los ojos vivos, los dientes blanquísimos, los cabellos negros y ásperos, como también los bigotes que algunos se dexan crecer sobre el labio superior (*Compendio*, Tomo I, 383-384).

En esta representación que hace el abate del cuerpo de los indios cordilleranos, destaca su corpulencia superior a la común, dada por la fuerte osamenta; y la buena constitución de sus miembros y de su figura, lo cual puede apreciarse al detenernos en los epítetos “blanquísimos” y “vivos”. Al parecer, a mayor altura donde habita mayor es el tamaño del indio chileno y mayor es su corpulencia, y esto podemos apreciarlo al comienzo del fragmento anteriormente citado: “Los moradores de la Cordillera Chilena son, *como todos los demás vivientes que se propagan en aquellas montañas*, de una corpulencia superior á la común”. Y esto se refuerza cuando el abate compara a los indios de los llanos, ahora en la primera parte del *Compendio*, con los indios que habitan en las sierras de la cordillera, los que Molina identifica directamente con los indios patagones:

“Los que habitan en los llanos tienen la misma estatura que los Europeos: mas los que moran en las sierras andinas son generalmente mas altos; y aun yo creo, como dexé dicho al principio, que estos y no otros sean los tan célebres Patagones, de quienes se ha hablado tanto en Europa. El Lord Anson era de mi parecer; y la descripción que hacen de estos *Titanes* Antárticos los modernos viajeros Byron, Wallis, Carteret, Bouganville, Duclós y de la Girandais, que

últimamente los vieron, corresponde con puntualidad al carácter de los mencionados montañeses [las cursivas son del abate]” (*Compendio*, Tomo I, 382-383).

En esta descripción, los indios de las llanuras, que en la segunda parte del *Compendio* tienen, como vimos, una “buena estatura” que no se especifica, tienen aquí “la misma estatura que los Europeos”. Por su parte, los míticos indios Patagones, descritos por Antonio Pigafetta en 1524 habitando en las costas²⁵, son mostrados por Molina viviendo en las altas sierras cordilleranas. El hecho de que el abate se apoye en viajeros observadores modernos para respaldar su descripción, pone en relieve la veracidad de su relato, de que en Chile habita una clase de indios que supera en sobremanera la estatura de un hombre común, al punto de ser llamados “Titanes Antárticos”. Saca los atributos corporales del indio patagón del rumor o del mito, y los pone en el ámbito de *lo que ha sido visto*.

Mas, no debemos olvidar que no es posible acceder al cuerpo en forma pura. Las representaciones que hace Molina sobre el cuerpo de estos indios chilenos están cargadas con sus visiones de mundo, con su imaginario, y se levantan, de esta manera, como construcciones simbólicas. Hasta ahora, las representaciones del cuerpo de los distintos indios que nos muestra el abate Molina coinciden en que se oponen totalmente a las afirmaciones generalizadoras y esencializantes de De Pauw: para el prusiano, todos los indios americanos eran endeble y débiles. Por su parte, el abate nos pone enfrente, como lectores, de una variedad de indios chilenos que tienen como característica común un cuerpo fuerte y bien dotado, diciendo y demostrando incluso que los patagones viven en estas tierras, y que *han sido vistos* por fuentes confiables que concuerdan con su relato. Las representaciones del cuerpo que levantan De Pauw y Molina son dos construcciones simbólicas que se oponen, dos imaginarios distintos que chocan el uno con el otro.

Si miramos nuevamente la cita del abate referida a los indios de la “Cordillera Chilena”, podemos observar que Molina repara en “los bigotes que algunos se dexan crecer sobre el labio superior”. Al revisar las páginas del *Compendio*, nos damos cuenta de que el bigote y la barba son atributos en los que insiste el abate Molina. Por ejemplo, en las

²⁵ “Transcurrieron dos meses antes de que avistásemos a ninguno de los habitantes del país. Un día en que menos lo esperábamos se nos presentó un hombre de estatura gigantesca. Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza”. Pigafetta, Antonio: *Primer viaje alrededor del globo*. Pág. 21

últimas páginas de la historia natural, Molina escribe, sin especificar el tipo de indio al que se refiere, que la barba “acostumbran arrancárselas con unas pinzas que llevan siempre consigo, porque reputan por desaseo el andar con el rostro poblado de barba; sin embargo de lo qual he visto entre ellos muchos tan barbados como los mismos Españoles” (*Compendio*, Tomo I, 382). También, al referirse a los mapuches: “Son comúnmente de poca barba, como los Tártaros, y en sus semblantes jamás se ve algún pelo, por la extrema atención que tienen de arrancar aquel poco que allí asoma, estimando en poca policia el ser barbados, de ahí es, que por escarnio llaman barbudos a los Européos” (*Compendio*, Tomo II, 54). La barba es, sin lugar a dudas, signo de virilidad, mas los americanos que describía De Pauw eran impotentes y frígidos. El abate Raynal, continuador de las ideas del prusiano, nos muestra esto en su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, generalizando sobre los americanos: “Los hombres son menos fuertes, menos valerosos, *sin barba y sin vello*, degradados en todos los signos de la virilidad, débilmente dotados de ese sentimiento vivo y potente” [las cursivas son nuestras] (Vol. IV, 161)²⁶. Para Raynal, el hecho de no tener barba o vello va junto a los signos de impotencia y falta de virilidad. El abate Molina, por el contrario, al insistir en la barba insiste también en la virilidad de los mapuches, de los indios de la cordillera y del tipo de indio que no especifica. Todas estas representaciones del cuerpo de los indios chilenos son una construcción simbólica que contesta ante los ataques europeos.

Ciertamente, la carta de Américo Vespucio a Lorenzo de Medici, titulada *Mundus Novus* (1503), marca un hito en la descripción de los indios que habitan América, puesto que se los narra en relación a prácticas que deforman sus cuerpos. Escribe Américo Vespucio:

“[Los indios] son ágiles en el andar y en los juegos y de una franca y venusta cara, que ellos mismos destruyen, pues se agujerean las mejillas y los labios y las narices y las orejas, y no se crea que aquellos agujeros sean pequeños, o bien que tuvieran uno sólo, pues he visto muchos, los cuales tienen, en la cara solamente, siete agujeros, cada uno de los cuales tenía el tamaño de una ciruela” (Vespucio 6).

De la misma manera, ahora dos siglos después, De Pauw “nos habla de salvajes que tienen el cráneo piramidal o cónico, y de americanos del Marañón cuya cabeza es

²⁶ Citado por Antonello Gerbi, en *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica: 1750-1900*. Pág. 44.

‘cúbica o cuadrada’” (Gerbi 53). La costumbre de alterar el normal desarrollo del cuerpo con incrustaciones y extensiones es conocida en algunas tribus de indios americanos. El abate Molina, por su parte, tiene la preocupación de dejar en claro que en Chile los indios que él describe no realizan aquellas prácticas, interpelando directamente, en este caso, a Buffon:

Los aspectos de los unos y los otros [indios de las llanuras y de la cordillera] son regulares, y nunca han tenido la loca fantasía, seguida de otros salvages, así del nuevo como del viejo continente, de querer corregir la naturaleza poniéndose disformes los semblantes, para hacerse más bellos, ó más formidables. Esto supuesto, Mr. De Buffon fué mal informado quando escribió en su Tratado del Hombre, que los chilenos usan alargarse las orejas (*Compendio*, Tomo II, 4).

E insiste en el mismo punto al referirse a los mapuches: “Dexan a la naturaleza el cuidado mismo de formarlos, sin estorbarla en sus operaciones con los impedimentos importunos de las faxas, y de las cotillas” (*Compendio*, Tomo II, 53). Tanto los indios de los llanos, como de la cordillera y los mapuches, son abstraídos por Molina de las descripciones hechas sobre los indios americanos que deforman sus cuerpos, en tanto “nunca han tenido la loca fantasía, seguida de otros salvages, así del nuevo como del viejo continente, de querer corregir” el desarrollo natural de sus cuerpos. Los mapuches, los indios de la cordillera y de los llanos se escapan a las descripciones de Vespuccio, De Pauw y Buffon; no son como el resto de los indios de América o del Viejo Continente, quienes sí deforman sus cuerpos.

Otro tipo de indios chilenos que resalta a la vista recorriendo las páginas del *Compendio*, son los indios de la provincia del Boroa. La particularidad de la descripción de estos indios radica, justamente, en la representación que hace Molina de sus cuerpos: indios de piel blanca y cabello rubio. Dejemos que lo explique el abate:

Aunque su encarnadura [la de los indios chilenos, a nivel general] sea de un color obscuro inclinado al roxo, como el de los otros Americanos, este obscuro todavía es de una tinta más clara, y fácilmente se cambia en blanco. Entre ellos hay una tribu establecida en la provincia de Boroa, cuyos individuos son blancos y rubios sin ser mixtos. Esta variedad, que puede derivar del clima que ellos habitan, ó de la mayor cultura que allí se observa, pues en ninguna otra cosa difieren de los demás Chilenos, es atribuida por los escritores españoles á los prisioneros de su nación confinantes en aquella provincia, durante la infeliz guerra del siglo XVI. Pero así como los prisioneros Españoles fueron igualmente dispersos entre todas las demás provincias de los vencedores Araucanos, donde no se ven blancos, así parece que esta opinión sea poco fundada. A mas de esto, los primeros Españoles que pasaron allí, siendo todos de las Provincias

meridionales de España, en las cuales son raros los rubios, no podían dexar una posteridad tan diferente” (*Compendio*, Tomo II, 4-5).

Molina comienza diferenciando a los indios chilenos del resto de los indios americanos a partir del cuerpo: como en el resto de los indios de América, el color de piel de los indios chilenos es de un tono rojizo, pero “de una tinta más clara”, e incluso “fácilmente se cambia en blanco”. Al igual que en el ejemplo anterior, Molina abstrae a los indios chilenos del común de los indios americanos, y con la descripción de los boroanos remarca aún más esto, al desvincularlos también de los españoles: estos indios rubios no tienen ningún mestizaje con europeos –“sin ser mixtos”-, ni tampoco son un residuo de población española esparcida en la región. La representación del cuerpo, en este caso, se ve afectada por el clima o la cultura. Puesto que ya hemos visto que el abate reconoce una correspondencia de cualidades entre clima y cuerpo, resulta interesante también que reconozca efectos de la cultura sobre el cuerpo: los indios del Boroa son rubios porque tienen más cultura, y esto los diferencia del resto de los indios chilenos. Esta explicación la podemos complementar con otra. Para el abate, existen estadios en el desarrollo de los pueblos hacia la perfección de la vida civil:

“Los hombres en los progresos que hacen para adelantarse hácia la perfección de la vida civil, pasan sucesivamente por quatro grandes estadios ó períodos. De cazadores se hacen pastores, después agricultores, y finalmente comerciantes, época que forma al hombre verdaderamente civil. Los chilenos quando fueron conocidos la primera vez de los Españoles, se encontraban en el tercer período” (*Compendio*, Tomo II, 12).

Así, el abate Molina instala a los indios chilenos en un estadio medio entre la vida salvaje y la vida civil: la barbarie. Este es el camino natural que recorren todas las civilizaciones en su desarrollo: los indios chilenos se encuentran en progreso hacia la formación de una vida civil. Si aplicamos esto a la explicación que da el abate para la condición corporal de los indios del Boroa, al parecer los sitúa más cerca de lo civil, puesto que la mayor cultura que poseen es lo que los diferencia del resto de los indios chilenos, quienes se encuentran en un estado de barbarie. A partir de la representación del cuerpo que nos da Molina de estos indios, podemos saber qué tan cerca están de una posible y futura “vida civil”. De esta manera vemos cómo, poco a poco, las representaciones que hace Molina del cuerpo van tomando otros ribetes.

Nos interesa ahora detenernos en un aspecto importante: la lengua. Como vimos al inicio de este capítulo, la ambigüedad del significante “chileno” es una constante que

recorre las páginas del *Compendio*: muchas veces no sabemos explícitamente si el abate se refiere al chileno como criollo o como indio. Y esto mismo sucede al referirse a la lengua. Escribe Molina en la historia civil: “La lengua Chilena es diferente de todas las otras lenguas que se hablan en América” (*Compendio*, Tomo II, 8). El abate, como podemos ver, sigue con la idea de diferenciar a los habitantes de Chile del resto de los americanos, mas, ¿a quiénes intenta diferenciar? ¿Quiénes hablan esta “lengua chilena”, los indios o los criollos? La respuesta la podemos encontrar si revisamos un fragmento ya citado de la historia natural: “Los nativos Chilenos forman una sola nación dividida en varias tribus, todas las cuales tienen una misma fisonomía y una misma lengua, que ellos llaman *Chilidugu*, que quiere decir *lengua Chilena*” (*Compendio*, Tomo II, 378-379). Hay algunos aspectos importantes en los cuales detenernos en esta cita. En primer lugar, la “lengua chilena” o “chilena” es concebida por el abate como la lengua que es hablada por los indios o nativos chilenos que forman una sola nación. En segundo lugar, lengua y cuerpo son puestos uno al lado del otro por el abate como elementos que posibilitan la unidad de esta nación de indios chilenos, elementos que, sumados, hacen también que estos indios se distingan del resto de los americanos. No debemos perder de vista esta vinculación hecha por Molina entre lengua y cuerpo.

El abate caracteriza la lengua hablada por los indios chilenos de la siguiente manera: “Dulce, expresiva, y muy abundante de términos aptos é idóneos para expresar no solamente las cosas físicas generales ó particulares, sino también las cosas morales y abstractas” (*Compendio*, Tomo I, 379). Y escribe inmediatamente a pie de página: “Paw dice que las lenguas Americanas son tan pobres, que no hay ni una siquiera que tenga números para contar arriba de tres” (*Compendio*, Tomo I, 379). Contrario a esto, Molina se interesa en resaltar la abundancia de términos que posee esta lengua, incluso para hablar sobre cosas morales y abstractas, colocando a los indios al mismo nivel que los pensadores europeos: los indios chilenos también son capaces de discutir sobre moral y sobre ideas y conceptos complejos. Pero la descripción del abate no se queda sólo en esto. Escribe:

Siempre que se reflexione la armoniosa estructura y riqueza de la lengua propia de este país, parece que la nación Chilena haya sido en otro tiempo más culta de lo que es al presente, ó á lo menos que ella sea un residuo de algún gran pueblo ilustrado, el qual debió caer por alguna de aquellas revoluciones físicas, ó morales, á las cuales está también sujeto nuestro globo. La perfección de las lenguas sigue constantemente la de la civilización; ni se puede comprender cómo una nación siempre salvaje, que jamás ha sido limada ni por las sabias

leyes, ni por el comercio, ni por las artes, pueda hablar un idioma culto, expresivo, y abundante (*Compendio*, Tomo II, 5).

El abate Molina resalta la importancia de la lengua en la constitución del indio chileno, en tanto es un elemento que nos permite hablar, al igual que el cuerpo en los indios del Boroa, de su avanzada cultura. Sin embargo, el abate va más lejos al explicar las cualidades de la lengua chilena, puesto que a partir de ella deduce que los indios chilenos son el residuo de un pueblo ilustrado que cayó por alguna revolución física o moral.

Metonímicamente, la lengua chilena puede ligarse al cuerpo si nos tomamos de lo último: la lengua chilena es la evidencia de que en el pasado existió en Chile un pueblo ilustrado, del cual los actuales indios son un residuo. Por lo tanto, si eran ilustrados, estaban gobernados por el imperio de la razón, y esta razón, a su vez, emana de la cabeza. De esta manera, nos resulta la siguiente cadena metonímica de la lengua chilena: lengua-razón-cabeza-cuerpo. La lengua no *es* el cuerpo en un sentido estricto, sino que emana de él, y ambos son puestos por el abate uno al lado del otro. Cuerpo y lengua, relacionados, sirven para contestar a las teorías de inferioridad del continente americano, argumentando Molina, como hemos visto, que en Chile existió un pueblo ilustrado antes de las luces, desvinculándose de las representaciones hechas por De Pauw, a través del cuerpo, del indio excluido del progreso de la modernidad. Esto referido al cuerpo de los indios chilenos.

Respecto al cuerpo del criollo chileno, las representaciones que hace Molina se reducen considerablemente en comparación a las del indio, puesto que sólo ocupa una parte del último capítulo del *Compendio*, “Estado presente de Chile”. Lo que nos dice el abate respecto a los criollos chilenos contrasta con lo que hemos visto sobre los indios: si estos, Molina los describe a partir de la diferencia con los indios americanos y con los españoles, la descripción referida a los criollos se funda en lo contrario: la uniformidad y semejanza con los del resto de América: “Los *criollos*, que forman allí [en el Reino de Chile] el mayor número, son los descendientes de los Europeos. El carácter de ellos, fuera de algunas pequeñas diferencias provenientes del respectivo clima, ó del gobierno, es enteramente semejante al de todos los demás *Criollos* americanos oriundos de qualquier nación Europea” (*Compendio*, Tomo II, 315-316). Si bien es cierto que el abate nos habla de la uniformidad del carácter del criollo, podemos inferir que lo aplica también a las representaciones del cuerpo por lo siguiente: la única descripción que hace

el abate del cuerpo del criollo chileno, la hace citando el libro *Historia de las dos indias* del abate Raynal, donde este describe a los criollos americanos: “Los Criollos son en general bien hechos. Apenas se vé uno solo afligido de aquellas deformidades que son tan comunes en los demás climas” (Tomo V, 315)²⁷. Probablemente, Molina se refiere a esta uniformidad en lo físico y en el carácter de los criollos debido a que, a pesar de ser considerados chilenos, son descendientes de europeos, los cuales se esparcieron también por toda América, y no exclusivamente en Chile. No tienen una fisonomía particular como sí la tiene el indio chileno: el cuerpo del indio chileno se distingue del cuerpo de otro indio americano, y, a la vez, dentro de los diversos tipos de indios chilenos existen diferencias corporales. El criollo, para el abate, es uno sólo, tanto en Chile como en el resto de América.

Esto es lo que podemos observar sobre el cuerpo en el *Compendio* de Juan Ignacio Molina. ¿Qué conclusiones podemos sacar?

Cuerpo y proyecto ilustrado

Escribe Voltaire en el *Diccionario Filosófico*:

“El Filósofo: ¡Madre querida! Dime por qué existes, por qué hay algo.

La Naturaleza: Te responderé lo que respondo hace tantos siglos a los que me interrogan sobre los mismos principios: no sé nada de eso.” (155)²⁸

Según Enno Von Wiese, en su libro *La cultura de la ilustración*, naturaleza y razón son un correlato constante: la naturaleza da la guía sobre el todo objetivo, y la razón, por su parte, “la dirección sobre la libertad soberana, racional y subjetiva que coincide con este todo y produce en esta coincidencia la imagen de la cultura” (Von Wiese 35). A través de la naturaleza y la razón, y de su posterior armonía, la ilustración construye su cultura. En este sentido, como señala Von Wiese, la relación entre hombre y sociedad es la traslación práctica de la relación entre hombre y naturaleza. En ambos se busca el equilibrio armónico, para alcanzar la felicidad y la utilidad (48). Este es el proyecto ilustrado, la conjunción de las voces racionales y naturales en un diálogo perfecto, para que el hombre alcance su ideal de libertad y pueda construir una sociedad de bienestar, común a todos. Sin embargo, como lo podemos ver en las palabras de Voltaire, esto no

²⁷ Citado por Juan Ignacio Molina, en *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Tomo II. Pág. 316.

²⁸ Citado por Paul Hazard, en *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Pág. 252.

era tan fácil. La angustia del hombre se hace presente en sus palabras. La razón exige conocer y ordenar el infinito natural, mas este se resiste con indiferencia. “Cuanto más se repetía que se seguía a la naturaleza, más satisfecho se estaba, y menos se estaba de acuerdo” (Hazard 252). La convergencia entre naturaleza y razón no estaba garantizada, y en estos términos es posible hablar de un *proyecto* ilustrado: no es una seguridad, como decimos, garantizada: se deben buscar los medios para llevarlo a cabo.

Ahora bien, no resulta raro que los indios se encuentren en armonía con la naturaleza, como lo hemos podido ver en el análisis que hemos hecho del cuerpo: cada tipo de indio está habitando en la naturaleza, la cual modifica sus cuerpos de manera diversa, pero siempre en un sentido positivo, haciéndolos más fuertes, altos y robustos. Mas, tomando en cuenta a la lengua, el análisis cambia: la lengua chilena hablada por el indio, que lo capacita para discutir sobre cosas morales y abstractas, al mismo nivel que cualquier pensador de la época, es la prueba evidente de que en el pasado existió en Chile un pueblo ilustrado, donde los actuales indios son un residuo. De la misma manera, los rasgos corporales de los indios del Boroa le permiten hablar al abate sobre su mayor cultura. Sumando el análisis del cuerpo de cada tipo de indio que hemos visto, al análisis de la lengua hablada por ellos, nos resulta una armonía entre hombre y naturaleza, entre un hombre que en el pasado formó parte de un pueblo ilustrado que cayó. A pesar de que, según el abate, los indios chilenos se encuentren en un estado medio entre lo salvaje y lo civil, la barbarie, “la perfección de las lenguas sigue constantemente la de la civilización”: la lengua chilena hablada por los indios, para el abate, es la evidencia de que en el pasado el indio chileno estuvo guiado bajo los parámetros de la razón.

Chile se abstrae y se diferencia del resto de América, y es puesto en relieve como el lugar que alberga al criollo chileno descendiente de europeos, y a esta diversidad de indios chilenos. Chile es el lugar donde se puede desarrollar el proyecto ilustrado de convergencia entre razón y naturaleza, pero en potencia, porque el indio chileno aún se encuentra en vías de avance y progreso hacia la vida civil. La representación del cuerpo del criollo, como hemos dicho, tiene la función de contrastar con la del indio.

Resulta interesante que el abate construya la lengua del indio chileno y a su cuerpo, habitando una naturaleza creada bajo parámetros medievales, dando cuenta de la

movilidad constante del abate Molina y de la permeabilidad de su pensamiento, lo que no permite encasillarlo bajo ninguna etiqueta.

Walter Hanisch, en su libro *Juan Ignacio Molina: sabio de su tiempo*, postula que, al mostrar indios ilustrados antes de las luces, lo que está haciendo Molina es una ironía y una sátira contra los europeos²⁹. No compartimos este juicio de valor que hace Hanisch. Molina, a lo largo de su obra, interpela con elegancia a sus rivales europeos, y no creemos que caiga en la mera ironía, si bien la ironía es una forma elegante de burla. Por el contrario, creemos que estos indios ilustrados se levantan como un potente argumento contra las teorías de inferioridad de América. El cuerpo del chileno, desde nuestra definición de cuerpo, es un constructo simbólico que da cuenta del contexto en el cual surge: las disputas en torno al continente americano y su posterior defensa.

²⁹ Véase para esto, *Juan Ignacio Molina: sabio de su tiempo*. Pág. 12.

BIBLIOGRAFÍA

- Brading, David: *Orbe indiano. De la monarquía católica a la República Criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Cañizares, Jorge: *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo Atlántico del siglo XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Cassirer, Ernst: *Filosofía de la ilustración*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950.
- Diccionario de Autoridades (1726-1739). *Web.frl.es*. <http://web.frl.es/DA.html>. Consultado el 5/10/2014
- Diccionario de la lengua española. *Lema.rae.es*. 2015. <http://lema.rae.es/drae/?val=imparcialidad>. Consultado el 15/12/2014.
- Gerbi, Antonello: *La disputa del Nuevo Mundo: historia de la una polémica, 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Hanisch, Walter: *Juan Ignacio Molina: sabio de su tiempo*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1974.
- Hazard, Paul: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Le Breton, David: *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.
- Mignolo, Walter. "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana". *Jstor.org*. Marzo 1981. <http://www.jstor.org/discover/2906354?sid=21105058428751&uid=3737784&uid=385992421&uid=2134&uid=2&uid=70&uid=385992431&uid=60&uid=3>. Consultado el 04/12/2014.
- Molina, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. Tomo I. Madrid: Aduana Vieja, 1788.
- : *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Tomo II. Madrid: Imprenta de Sancha, 1796.
- Pigafetta, Antonio: *Primer viaje en torno del globo*. Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1970.
- Von Wiesse, Enno: *La cultura de la ilustración*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales (Colección Civitas), 1979.